

Empédocles se separó tan solo de ellos (y así se inclinó á las escuelas contrarias) en no haber rechazado del todo el testimonio de los sentidos. Se esforzó en sosegar con su nueva doctrina la reñida pelea entre los que combatían contra la razón y los que combatían contra los sentidos. Combinó y unió admirablemente los sentidos con la razón: asignó oficios y derechos distintos á esta y á aquellos, y sin quitar nada á la realidad de nuestras sensaciones, dió á los principios generales y abstractos una gran fuerza y autoridad. Todos los corpusculistas estuvieron también en aquel tiempo, unos mas, otros ménos conformes con nuestro filósofo, y todos hicieron igualmente en metafísica el oficio de conciliadores entre los dos partidos entónces dominantes. Tal es la naturaleza del espíritu humano; trabaja sin cansarse y medita hasta la cavilación cuando está dominado del espíritu de partido ó del amor á un sistema; mas despues cansado de meditar y cavilar, busca la quietud y el descanso, y combinando opiniones contrarias, se lisonjea de haber encontrado la verdad. Sucede, en suma, lo que la historia de la filosofía nos presenta á cada paso: chocando entre sí dos sistemas contrarios, resulta siempre un tercero que los concilia y une, porque cuando existen sistemas opuestos, al punto aparecen eclécticos que escogiendo opiniones ya de un partido, ya de otro, agrupan estos entre sí y los reducen á uno.

Ahora sería tiempo de pasar de la metafísica á la moral de Empédocles, mas habiendo llevado mas adelante sus investigaciones y consideraciones sobre el alma, nos obliga á apartarnos de este propósito. Ya hemos hecho notar al exponer la doctrina de Empédocles, que la física había sido la ciencia en que se había distinguido mas, y á la que ha debido y deberá eternamente su renombre. Pero en el estudio de la naturaleza, lo que mas le deleitaba y á lo que mas se dedicaba era la contemplación de los cuerpos organizados. En un principio (como ya hemos notado), estableció relaciones entre los animales y vegetales, y llevando sus investigaciones desde estos al hombre, penetró en la metafísica. Del hombre volvió despues á aquellos dos objetos, como á sus indagaciones primeras y domésticas, y se puso á investigar si los vegetales estaban dotados de sensación, y los animales y vegetales poseían, como el hombre, un alma.

Semejante investigación no fué difícil á nuestro filósofo, como que tomaba por guía la analogía. Los cuerpos no organizados, decía, no tienen nada de comun con los vegetales; pero si aquellos no tienen sentidos, estos, por el contrario, no deben estar privados de ellos. Los vegetales, añadía, tienen mucho de comun con los animales; ambos tienen comunes las principales funciones vitales; están dotados de sexo, se nutren, crecen, transpiran, tienen juventud y vejez; experimentan cambios y enfermedades, gozan salud, y en fin, nacen y mueren. Y

si los animales están dotados de sensaciones, también los vegetales deben ser iguales á ellos en esto. Por lo tanto, opinó que los árboles y otras plantas eran capaces de tristeza, de gozo, de placer, de dolor, de deseo, de desden y de todos los demas afectos de los animales, y llevando mas adelante su analogía, supuso iguales relaciones entre el hombre y los animales, y entre ellos y las plantas, de donde infirió que el tener una alma material no era un privilegio concedido solamente á la especie humana, sino comun á todos los cuerpos organizados. Así que dió alma y sensación, no solo á los animales, sino también á los vegetales.

Empédocles dió alma y sensación á los vegetales, y supuso flores que se entristecen, yerbas que se enfurecen y plantas que se alegran y lloran! ¿Cuántos considerarán á nuestro sabio tan solo como un filósofo extravagante, y aun se reirán de él! Mas no se reirán por cierto los que siendo mas sabios é instruidos no ignoren que Demócrito, Anaxágoras y Platon abrazaron este dictámen, lo cual no le honra precisamente porque haya habido otros grandes filósofos que le hayan seguido, pues este sería un argumento de autoridad que nada ó muy poco diría en su favor, habiendo filósofos de gran nombradía que han sostenido opiniones bien erróneas, sino porque su modo de pensar no es tan extraño como á primera vista parece. El alma material admitida en los animales y vegetales por aquellos grandes filósofos, no era en sustancia mas que la sensibilidad física de algunos modernos, la cual quieren estos que exista en los vegetales del mismo modo que se encuentra en los animales, y en virtud de la cual creen que los vegetales son capaces del mismo modo que los animales de amor, odio y de todos los demas afectos. En una palabra, Empédocles y los otros grandes filósofos consideraron á los hombres, los brutos y las plantas como dotados de sensaciones, y llamaron alma á su sensibilidad. ¿Quién, pues, podrá censurar con razon á Empédocles?

Ademas, ¿no hay en nuestros días fisiólogos famosos que hallan en las plantas sensación de humedad, sequedad, calor, frio, luz y tinieblas, porque muchas de ellas cierran ó abren sus pétalos segun el frio ó calor, sequedad ó humedad, luz ó oscuridad? ¿No hay también otros que ven en ellas, ya el sentido del tacto, como en la sensitiva, ya el del amor, como en la valisneria, ó ya una especie de gusto en la extremidad de sus raíces, en virtud del cual cada una escoge y chupa los jugos que corresponden á su alimento? ¿No hay, en fin, un Darwin y un La-Mettrie que han buscado y han creído encontrar en los vegetales sentidos y sensaciones? ¿Qué extraño es, pues, que Empédocles abrazando con su pensamiento toda la naturaleza, haya unido los cuerpos organizados por medio de la sensibilidad física que creía ser comun á todos? No hay duda que la naturaleza ha distinguido y separado los vege-

tales de los animales con diferencias y caracteres bien claros y señalados; mas el atribuir la sensibilidad de los animales también á las plantas es una idea grande, bella y digna de un gran filósofo: no hay quien á primera vista no la aplauda, y no desee encontrar verdadera la que hasta ahora no lo es.

Pero como quiera que sea, solo una cosa hay en ella de cierto, y es que Empédocles consideró los cuerpos orgánicos bajo un aspecto diverso del que los consideraron Pitágoras y los filósofos anteriores á él. Estos nunca pensaron en considerar los vegetales y los brutos como dotados de sentimiento y de almas, habiendo sido Empédocles el primero, á lo ménos entre los pitagóricos, que pensó de este modo. Él fué quien tuvo á los hombres, los brutos y las plantas como seres unidos entre sí por medio de la sensibilidad, como con un vínculo comun y muy estrecho que supone igualmente en todos una alma material. Y fué también el primero que sujetó al hombre en union de las plantas y los brutos á ciertos deberes imaginarios, que nacen del parentesco ideal con que unió al primero con los segundos.

Hé aquí ahora con qué claridad se ve la base en que se apoya la moral de Empédocles. Fundó su metafísica en la física, y en esta una gran parte del resto de su ciencia. Bajo este aspecto publicó dos grandes poemas, el primero sobre la *Naturaleza* y el segundo sobre las *Purificaciones*: en este consignó su ética y en aquel su física; pero hizo que el primero precediera al segundo como primer argumento de su refinada moral.

La moral de Empédocles fué verdaderamente en el fondo la de Pitágoras, aunque los escritores antiguos le atribuyen haber alterado la primera doctrina de aquel gran filósofo, y miran el tiempo en que vivió como la segunda época del pitagorismo. Mas esto sucedió porque Empédocles, habiendo acomodado la moral de Pitágoras á su modo de pensar físico, se separó algun tanto de las teorías de este.

El delito cometido en un principio por los espíritus, una nueva especie de metempsicosis, y la abstinencia de algunas clases de alimentos, fueron las grandes novedades que introdujo en el cuerpo de la moral pitagórica. Entre ellas debe considerarse como principal la opinión sobre el delito de los espíritus. Nuestro filósofo hizo depender de este como de una primera causa la metempsicosis y las purificaciones, que son los dos fundamentos de la moral pitagórica. Fué opinión de Empédocles que varios espíritus pecaron cuando estaban gozando de la bienaventuranza, y que á causa de este delito fueron arrojados del cielo y privados de su dignidad divina, quedando obligados á expiarle. «Desterrados, errantes, fugitivos, decía, van lejos del cielo por treinta mil años, y pagan de este modo la pena merecida por su delito. El éter, añadía, precipita los espíritus en el mar, el mar los arroja á la tierra, la

tierra al aire y el aire vuelve á elevarlos al éter.» De este modo los espíritus arrojados ya hácia lo alto, ya hácia lo profundo, y siendo rechazados sucesivamente al mar, á la tierra ó al aire, viven en la mayor miseria y tristeza.

Estos espíritus, segun nuestro filósofo, andaban sucesivamente animando varios cuerpos, y entónces eran las almas infelices de los hombres, estando en castigo de sus culpas encerradas en los cuerpos; así que estos eran las prisiones del alma, y la metempsicosis, de que Empédocles formó el primer fundamento de su moral, era en su juicio una pena de dichas culpas. De semejante culpa de las almas, causa de la metempsicosis, no se halla vestigio alguno entre los filósofos que existieron antes de Empédocles, leyéndose por primera vez en los versos de este. En su tiempo llegó á hacerse vulgar, y Platon la hermozó despues mas que ningun otro. Por lo tanto, empieza en Empédocles una nueva era del pitagoricismo, porque en él comienza la opinión de la culpa de las almas, como base y razon de la trasmigración de las mismas.

Es verdad que la metempsicosis, comun á los pitagóricos, fué muy antigua entre los Egipcios, y que estos dividieron en muchos periodos el tiempo de la trasmigración de las almas, y asignaron á cada uno la duracion de tres mil años. Segun creían los mismos, en cada período toda alma, despues de haber animado en un principio el cuerpo de un hombre, pasaba despues sucesivamente, no á los cuerpos de otros hombres, sino á los de cualquiera otro animal que habita en el aire, en el mar ó en la tierra. También es verdad que esta doctrina fué llevada por Pitágoras del Egipto á la Grecia, y no se duda que los filósofos de esta nacion la alteraron mucho en el trascurso del tiempo, habiendo limitado unos la metempsicosis tan solo á los cuerpos humanos, en tanto que otros, como los Egipcios, la extendieron hasta los brutos: hubo igualmente quien dijo que dichos periodos eran tres, quién que diez, quién que nueve, y en fin, no faltaron otros que redujeron la duracion de cada período de tres mil á solos mil años.

Empédocles afirmó que el número de los períodos era diez, y la duracion de cada uno tres mil años. Pero las almas trasmigraban en cada uno de los períodos sola una vez en el cuerpo de un hombre, y el resto de él hasta concluir el círculo de sus años, ocupaban no solo cuerpos de brutos, sino también de plantas. *Yo he sido niño, decía Empédocles, he sido doncella, pájaro, árbol y pez.* ¿Quién hay que no vea que esta es otra de las alteraciones hechas por este en la metempsicosis de Pitágoras y de los Egipcios? Estos la querían solamente en los hombres y en los brutos, y Empédocles la extendió hasta las plantas.

Mas no se crea que estas adiciones de Empédocles á la doctrina de la metempsicosis de Pitágoras y de los Egipcios fueron obra de su

capricho ó de la casualidad : esto sería indigno de un genio original é innovador. El que se acuerde del sistema físico del primero, conocerá que era preciso hacer esta alteracion notable en la metempsicosis del segundo. Ya se sabe que Empédocles consideró á las plantas, lo mismo que á los animales, como dotadas de sensacion ó de alma material; pero no habian pensado así Pitágoras ni los Egipcios. Por eso aquel hizo pasar las almas de los hombres y de los animales á las plantas, al paso que estos creían que sólo transmigraban de los hombres á los brutos. En una palabra, las almas, segun el sistema de Empédocles, debian circular habitando todos los cuerpos organizados, cualquiera que fuese su especie.

Tales son las dos innovaciones hechas por nuestro filósofo en la moral de Pitágoras, innovaciones muy bien unidas entre sí por su causa y por su efecto. Á la culpa de las almas añadió la metempsicosis, del mismo modo que la pena va unida con el delito, y lo que es mas, á una cosa y otra agregó la *demonología*, artículo fundamental de la teología pagana.

Empédocles miraba como innatas en el hombre las semillas de la virtud y del vicio. Entonces se pensaba que el espíritu se inclinaba naturalmente á las cosas espirituales y eternas, y la materia á las materiales y caducas. Así él creía que las semillas de la virtud nacen en el hombre del alma, y las del vicio de la materia. Pero el alma encerrada en el cuerpo estaba contaminada por la materia, y por consiguiente mas inclinada al mal que al bien. « ¡Ay de mí! » decia, ¡cuán misero é infeliz es el género humano! ¡Á cuántas desdichas y males está sujeto! »

Empédocles figuró estas dos inclinaciones del hombre al bien ó al mal, segun la costumbre de aquel tiempo, bajo la forma de dos genios opuestos. Dos son, dijo, los genios que como directores de las acciones de los hombres acompañan á cada uno de estos en todo el curso de su vida. El uno es bueno y el otro malo : el primero le guía y anima á la virtud, y el segundo le conduce é incita al vicio. Estos genios no indicaban mas que la doble tendencia del hombre : mas el vulgo llegó á creer que cada hombre desde su nacimiento hasta la muerte estaba asistido realmente por un genio bueno y otro malo. Tan cierto es que las imágenes bajo las cuales ocultaban los antiguos filósofos sus teorías fueron causa de supersticiones y de errores.

El hombre no solo tiene inclinacion al bien y al mal, sino que es ademas capaz de practicar lo uno y lo otro. ¡Cuántas virtudes y cuántos vicios pone en ejecucion! Mas Empédocles tuvo el capricho de representar todo esto bajo la figura de genios. Muy significativos y no imaginarios fueron los nombres con que distinguió á los demonios que representaban los vicios y las pasiones desenfrenadas de los hombres, y somos deudores á Plutarco de la

conservacion de los de Chtonia, Heliopé, Asafia, Nemerte y otros semejantes. Lo mismo debieron ser los nombres con que distinguió á la clase opuesta de genios que representaban las virtudes y las pasiones moderadas de los hombres. Pero el tiempo que todo lo destruye, no ha permitido que estos lleguen á nosotros. Sin embargo, se ha librado de esta fatalidad la denominacion con que Empédocles distinguió las virtudes, que son producto feliz de las pasiones bien ordenadas. Los pitagóricos acostumbraban á llamar al mundo *caverna*, y Empédocles, como pitagórico, las denominó *potestades conductoras de las almas*, como si estuvieran encargadas de traerlas á la caverna del mudo. El pueblo, que en todas las cosas ve portentos y finge genios, acogió como una revelacion venida del Cielo la demonología de nuestro filósofo. Los antiguos escritores, del mismo modo que el vulgo, no comprendieron su verdadero objeto, y dijeron que Empédocles habia poblado el universo entero de demonios, y que habia atribuido á obra de los genios todos los fenómenos de la naturaleza.

Esta misma doctrina de los genios fué el fundamento de la magia y de la teurgia famosa de Empédocles. La magia en aquellos tiempos era un método para purificar las almas con el favor de los dioses benéficos que debian conducir las á la union con Dios. Los dioses benéficos no eran mas que virtudes abstractas deificadas por él, y todo su culto se reducía á la práctica de las obras santas. Él creía que no podian volver las almas á la gloria divina que habian caído, sino con el auxilio de dichos dioses, y que no podian elevarse á Dios sino con el ejercicio de las virtudes santas. En fin, la teurgia de Empédocles fué un método para purificar las almas por medio de las buenas obras.

Parece verdaderamente increíble que hombres abandonados á la débil guía de su propia razon y privados de la luz sublime de la revelacion divina, hayan podido formar un sistema tan completo de perfecta moral. No era la metempsicosis la que, segun los pitagóricos, podia purificar las almas. Esta no era purificacion, ni virtud, sino pena debida por el delito, y no se podia abreviar ó alterar en lo mas mínimo : Empédocles decia que era un decreto divino, un santo juramento. Cualquiera alma, por virtuosa y purísima que fuese, no podia unirse á Dios, sino despues de haber cumplido todo el tiempo de su destierro.

Las purificaciones, otro fundamento de la moral de Empédocles, eran propiamente, segun todos los pitagóricos, las únicas que poco á poco lavaban las almas, y les quitaban, mientras animaban cuerpos humanos, toda mancha con que podia contaminarlas la materia. Purgadas las culpas y cumplidos todos los períodos del destierro, las almas ya limpias, segun se creía entonces, volvian á su antigua dignidad y á la vida divina.

Los ritos sagrados, el estudio de las ciencias y la práctica de la virtud eran los tres modos de purificacion inventados al efecto por aquellos eminentes filósofos.

Parecerá á primera vista superfluo ó inútil el primero de estos modos, como igualmente todos los augustos ritos y ceremonias solemnes que entonces ponian en práctica los teurgos. Pero ¿se podia avivar é inflamar de otro modo la imaginacion humana, para que escuchase con docilidad los consejos de la virtud? El hombre material se eleva sobre la esfera del mundo material, por medio de cosas que son tambien materiales. Las ceremonias y los ritos en union de las imágenes sagradas cautivan los sentidos, y abstrayéndolos de las cosas impuras, los elevan á las puras. Los ritos son un lenguaje veraz de los sentidos, que hablando con eficacia, despiertan la imaginacion. Á esta solamente es dado el crear un mundo espiritual al traves del material.

Tal vez se creará que el estudio de las ciencias no es muy á propósito para purificar el alma. Mas ¿no es él quien aparta el espíritu de los vicios, quien le conduce al conocimiento de las cosas, y quien desarrolla en él las ideas inmateriales y celestes? ¿Y no es cierto que el alma ejercitada en las cosas intelectuales, desecha las flaquezas del cuerpo, y no se deja llevar de las falsas opiniones del vulgo? Era en verdad ridículo y aun quimérico el dictamen de los pitagóricos, de que habia vuelto á nuestra alma la memoria de las cosas divinas con el estudio de las ciencias; mas es un dogma inflexible que tanto mas se aparta nuestra alma de la materia y de los apetitos carnales cuanto mas se ejercita en la contemplacion de los principios de las cosas, ó en las matemáticas, ó en cualquiera otra ciencia.

Pero ni el uso de los ritos, ni el estudio de las ciencias, ni ninguna otra cosa que hubieran podido idear los antiguos, habria bastado á purificar en lo mas mínimo las almas, si no hubiesen agregado á todo ello la práctica de la virtud. Este, pues, debia ser el objeto á que debian dirigirse los grandes filósofos de aquel tiempo, y el último y principal método de purificacion. No es fácil imaginar cuánto estudio pusieron en evitar la mas pequeña falta; todos ellos fueron virtuosos (dejando á un lado su extremado orgullo y su grande vanidad y soberbia); meditaban sobre sí mismos noche y dia, examinando escrupulosamente todas sus acciones y todos los movimientos del corazón; procuraban con suma diligencia limpiar sus almas de toda mancha, y hacerlo todo bien; en fin, empleaban toda su vida en contemplar objetos espirituales, y en practicar la virtud y aquellos preceptos que se contienen en *los Versos áureos*.

Pero no se crea terminado aquí el trabajo de su moral. Habiendo dividido esta en dos partes, quisieron añadir á la purificacion la perfeccion. No bastó á Pitágoras haber creído que el alma,

por medio de la primera, se apartaba de los vicios, se separaba de la materia y se libertaba del vínculo que la tenia prisionera; quiso ademas imaginarse que despues de estar purificada, se elevaba por medio de la perfeccion hasta Dios, y volviendo á tomar sus antiguos hábitos y forma, se confundía con la misma Divinidad. En suma las almas que, segun Pitágoras y Empédocles, eran divinas por su naturaleza, aunque estaban contaminadas por la culpa y la materia, debian primero purificarse y despues perfeccionarse para ser dignas de volver á Dios y á su primera dignidad. Pero el irrepreensible é inocente modo de vivir de Empédocles le obligó á mirarse como un Dios y á prometer á los puros y perfectos la divinidad como premio.

Hasta ahora han estado conformes Empédocles y Pitágoras, pues el haber convenido los dos en el principio del cual habian traído su origen la purificacion y la perfeccion, hizo que no discrepasen el uno del otro. Ambos creían que todas las almas humanas y todos los espíritus formaban una sola familia en union de Dios. En otros puntos en que sus sistemas no estuvieron de acuerdo, no estuvieron tampoco conformes dichos filósofos; así que Empédocles, al contrario de Pitágoras, consideró los hombres, los brutos y las plantas como una sola familia. Tampoco debe extrañarse el ver aparecer ahora una tercera innovacion de Empédocles como reforma de la moral pitagórica.

Si se ha de dar crédito á Aristóteles, á Aristóteles y á Teofrasto, Pitágoras y sus prosélitos de la primera época mataban toda clase de animales, excepto los bueyes destinados á los trabajos del campo, y comian sus carnes, ménos los corazones y entrañas, absteniéndose solo de pescados. Por el contrario, Empédocles fué el primero que prohibió enteramente el uso de carnes y miró como un sacrilegio el matar cualquier animal. « No concibo, decia, por qué deba conservarse la vida á algunos animales y se puedan matar otros. No hay mas que una ley para todos y esta debe regir en toda la tierra. » Empédocles creía que todos los seres organizados formaban un solo cuerpo y constituían una sola familia; pero no sabia hallar diferencia notable entre los hombres y los brutos. Se mostraba furioso contra los que sacrificaban en aquellos tiempos víctimas á los dioses, pues que estas, segun la metempsicosis, podian ser en su mayor parte hombres en forma de brutos. « Cesad, gritaba Empédocles, de cometer asesinatos y de mancharos con sangre. El padre furioso degüella á su propio hijo que se halla bajo otra forma, y esparce en vano sus súplicas al viento. ¡Necios! No ven que devorando las humeantes y ensangrentadas carnes de los animales, devoran al mismo tiempo los miembros de sus padres, hijos y otros parientes. »

Los hombres de nuestro tiempo se reirán de la severidad de Empédocles y ciertamente tendrán por extravagante su piedad para con los

brutos; pero las ideas de nuestro filósofo se encaminaban á un fin mas noble. El hombre se halla en medio de sus semejantes y el amor es el principal lazo que debe unirle con los demas. El amor hácia sus semejantes es uno de los principales deberes del hombre en sociedad, y la piedad es su base. Pero esta no se podrá poseer nunca, si no se extiende y dilata á todos los objetos que le circundan. Si el hombre ha de tener piedad con sus semejantes, es necesario no solo extenderla, sino empezarla por los brutos, pues si usa de ferocidad con estos, es muy fácil que la tenga tambien con los hombres. Por esto entre nosotros, ya que no sea posible llevar á efecto semejante prohibicion de matar animales, se debe á lo ménos considerar como parte de una buena educacion el que los niños aprendan desde sus mas tiernos años á tratarlos bien. Y no se debe censurar á los antiguos filósofos por unas doctrinas que hoy, por haberse mudado las costumbres, nos parecen necias. La prohibicion que Empédocles impuso á sus discípulos de matar animales y de alimentarse de ellos, tuvo por objeto, no solo hacer que no fuesen crueles y feroces con los demas, sino tambien disponerlos á amarse los unos á los otros y á ayudarse mutuamente en las desgracias. Se esforzó muy prudentemente en inculcar buenos sentimientos en los pechos de sus conciudadanos, á fin de que se fuera desarrollando en las sucesivas generaciones aquel afecto que hace al hombre tomar parte en las desdichas de sus semejantes, afecto que por naturaleza es débil, poco enérgico, con frecuencia se enfria y casi siempre se extingue y desaparece. Empédocles para ennoblecer el alma y suavizar las costumbres de los hombres, quiso que no se manchasen las manos con sangre, ni comiesen carne de animales. El que es compasivo con estos, no puede negar á los hombres el amor, la piedad, la amabilidad y la fraternidad. Pitágoras, nada consecuente con los principios sentados en la metempsicosis, no cuidándose casi nada de los animales, tuvo escrúpulo solamente y prohibió que se hiciese daño alguno á las plantas que no fuesen nocivas. Pero Empédocles hizo mucho mas que Pitágoras, pues habiendo dotado á aquellas de sensibilidad, prohibió que se les hiciese mal, á fin de que los hombres se acostumbrasen á no ofender á seres que tuviesen sentidos y órganos. En una palabra su entendimiento, dirigiendo todos sus esfuerzos á un fin comun, procuró establecer entre los hombres la fraternidad y la amistad; por eso trató de prescribir que ademas de tener compasion de los animales, se tuviese tambien de las plantas.

Por último, la moral de Empédocles hubiera quedado imperfecta ó hubiera sido nula, si no hubiese prometido un premio ó un castigo á los que observasen ó violasen los preceptos que estableció. La esperanza del premio y el temor del castigo, estímulos poderosos del alma del hombre, animan á los buenos á practicar la

virtud y atemorizan á los malos para que no se entreguen al vicio. Es, pues, muy natural que Empédocles buscara un medio para establecer un premio á la virtud y un castigo al vicio, como lo hizo, si bien combinándolo, del mismo modo que los pitagóricos, con la doctrina de la metempsicosis.

Los tres mil años de cada uno de los diez períodos de esta no estaban destinados, segun Empédocles, á hacer circular siempre las almas de un cuerpo á otro. Dichas almas en cada revolucion de tres mil años animaban primero vegetales y brutos, y despues pasaban á habitar el cuerpo de un hombre, muerto el cual, iban finalmente á una mansion de gozo ó de tristeza, segun que habian obrado bien ó mal. Aquí debian permanecer hasta que terminasen el primer período de tres mil años. En seguida tenian que empezar el segundo, que era de otros tres mil, pasando sucesivamente á los cuerpos de otros brutos, de otras plantas y por último de otros hombres. Así habian de continuar por todo el tiempo de los diez períodos, y así habian de ser premiadas ó castigadas en cada uno de ellos. Pero al terminar los diez, las almas que habian sido constantemente viciosas, «desterradas del cielo, eran condenadas á habitar entre tinieblas en una continua tristeza y en un eterno suplicio:» por el contrario, las que habian sido siempre virtuosas, al cumplir su tiempo se hallaban bellas y limpias, «iban á parar al éter puro, y colocadas en medio de la luz, se sentaban allí á la mesa con los Griegos mas ilustres entre goces eternos y en union con Dios.» Todo esto se ha tomado de los versos de Empédocles. Así pensaban los pitagóricos de Sicilia y así cantó Píndaro en sus odas dirigidas á Hieron y Teron, y este es el resumen de toda la moral de Empédocles.

No hay duda que esta fué muy perfecta y muy diferente de la del vulgo, y es de admirar que en un tiempo de tanta ignorancia hubiese sido tan bien coordinada, tan brillante y tan perfectamente dirigida á civilizar las costumbres, á apartar al hombre del vicio todo lo posible, y á ennoblecer su alma y su entendimiento. Esto no obstante, tiene tambien grandes defectos, de los cuales fué el principal el haber estado reservada á los sabios y á los iniciados. Un sistema de moral que no está hecho para todos los hombres, no puede ser justo, santo, ni verdadero, pues todos ellos deben tener los mismos deberes y poseer las mismas virtudes. Es verdad que se puede considerar la escuela pitagórica como un monasterio y los pitagóricos como religiosos de la antigua Grecia; pero el orgullo afeaba sus acciones, hacía vanas sus fatigas y envilecia todas sus virtudes. Por eso será siempre digno de alabanza nuestro filósofo, que observando puntualmente los preceptos pitagóricos, no tuvo dificultad en manifestarlos y divulgarlos en su poema de las *Purificaciones* por solo el amor de hacer bien y de la virtud. Empédocles, exceptuando su soberbia, vi-

cio inherente á las acciones de todos los filósofos antiguos, debe ser considerado como un sabio que estando dotado de amabilidad y siendo muy amigo de los hombres y virtuoso, aspiró siempre á perfeccionarse á sí mismo.

(Memorias sobre la vida y filosofía de Empédocles por Domingo Scina.)

§ 7. FRAGMENTOS DE EMPÉDOCLES DE LOS POEMAS DE LA NATURALEZA Y DE LAS PURIFICACIONES.

Dos son las cosas que pretendo enseñarte. Ya resulta la unidad de la pluralidad, ya nace la pluralidad de la unidad: toda cosa mortal tiene un doble nacimiento y tambien una muerte doble. La union lo produce todo; mas luego que desaparece, todo lo que ha nacido vuelve á separarse. Todo tiene una existencia alternativa, y así dura eternamente: ya se reune formando la unidad en virtud de la amistad, ya se descompone en mil partes en fuerza del odio, esparciéndose por el aire hasta que vuelve á unirse. Así suele nacer la unidad de la pluralidad, y así esta vuelve á nacer de aquella. Ambas tienen vida; pero su duracion no es estable, porque la una y la otra alternan, y su alternativa nunca tiene fin, sino que gira eternamente en un círculo. Escucha con atencion mis palabras y considera que el mucho meditar y reflexionar aguja el entendimiento. Como ántes te dije, dos son las cosas que pretendo enseñarte: ya se forma la unidad de la pluralidad, ya nace esta de aquella, porque es tierra, fuego, agua y aire de una inmensa extension. En estos elementos, que entre sí son iguales, reina terrible discordia y tambien amistad, que tiene eternamente igual medida. Contempla bien á esta última con tu entendimiento y déjate de fijar en vano tus ojos en aquellos. La amistad existe en toda reunion de cosas mortales y allí ejecuta sus bellísimas obras. Dásele el nombre de Vé-nus ó de alegría, aunque hasta ahora nadie ha sabido indicar dentro de qué círculo se agita. Oh tú mortal, escucha estas palabras, que no son engañosas. La amistad y la discordia son iguales, tienen la misma edad y el mismo origen. La una vence á la otra alternativamente y toma el mando en la naturaleza todo el tiempo que le asigna la voluntad del hado. Nada existe que no haya existido ántes, y nada de lo que existe deja de existir, pues si dejara de existir, en ningun tiempo volveria á tener existencia. ¿Y adónde iria á perecer, si no hay lugar alguno libre de lo que al presente existe? Y si lo que no existe viniese al mundo, ¿de dónde vendria? ¿Y cómo podria acrecentar lo que forma un todo? Las cosas que existen son siempre las mismas; se mezclan, se separan alternativamente, moviéndose unas á otras, y aunque toman diversas formas, estas son siempre semejantes entre sí. Luego que la discordia con-

cluye su giro, la amistad llega al principio del círculo en que se agita. Entónces todas las cosas corren á unirse para formar la unidad, lo que ejecuta la amistad uniendo poco á poco las cosas unas á otras. De los elementos que se mezclan entre sí nace un número infinito de mortales. Pero en medio de todas las cosas que se unen, quedan algunas puras y sin unirse con otras, porque la discordia las mantiene aun suspensas. Esta hallándose contaminada con la culpa quiere arrastrarlo todo con violencia al último confín del círculo. Algunos miembros obedecen su impulso, mas otros no. Pero cuanto se apresura la discordia, otro tanto se muestra pronto á combatirla la amistad sabia, divina, libre de culpas y dotada de irresistible fuerza. Impera esta, y al punto los que supieron resistir á la discordia nacen, si bien al nacer quedan sujetos á la guadaña de la muerte, y los que ántes estaban puros y sin mezcla, mudando de direccion, quedan mezclados. En fin, se forma con las cosas mezcladas un número infinito de mortales de toda especie y figura, que no puede verse sin admiracion.

Salve, queridos habitantes de la alta roca y de la gran ciudad que bañan las aguas del turbio Acrágas; salve, oh vosotros que amáis la virtud. Yo soy un dios inmortal, aunque cubierto con un velo mortal, y lleno de dignidad estoy entre vosotros. Cuando con la cabeza ceñida de largas cintas y floridas guirnaldas, entro en las ciudades populosas, corren á saludarme hombres y mujeres, y mil y mil que marchan por la senda que los conduce al bien se amontonan al rededor de mí en el camino, me siguen tambien los que desean descorrer el velo del porvenir y los que anhelan saber el arte benéfico de curar las enfermedades. Mas ¿por qué me detengo en referir estas cosas, como si fuesen hechos sublimes, y despreciando lo que es mortal, me elévo sobre ello? Es voluntad del hado y decreto antiguo de los dioses que si alguno comete el pecado de manchar sus manos con la sangre de los seres que alcanzaron una larga vida, sea arrojado lejos de la mansion excelsa en que los dioses gozan una vida dichosa, y en castigo de su falta ande errante y miserable sobre la tierra hasta que vuelva treinta mil veces la primavera á cubrir los campos de flores. Yo soy uno de estos que, arrojado del cielo, ando errante y fugitivo entregado á las iras de la furibunda discordia. El aire despide con fuerza al mar á los espíritus que pecaron; el mar los echa á la tierra, y esta lanzándolos hácia lo alto, los introduce en los ardientes rayos del sol, y por último el sol los arroja á los torbellinos del aire. Así van girando unos despues de otros, pasando una vida llena de dolor. Recorren errantes los prados y los bosques. Allí tienen su mansion la destruccion, la ira y otros males.... ¡Ah! ¡Qué miserable é infeliz es la raza humana! ¡Cuántos afanes y penas viene á sufrir á este mundo!